

LA HOYA AMAZÓNICA

Por: **DANIEL ORTEGA RICAURTE**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen IV
1937*

LA FAUNA (Continuación)

Los carnívoros están representados en el Amazonas por varias especies, entre las cuales mencionaremos las siguientes:

El mayor y el más fuerte es el impropriadamente llamado tigre, que es el jaguar u «onza» de los brasileños, representante allí de la pantera africana, con la cual tiene enorme parecido, aunque el jaguar es más potente y de mayores dimensiones (alcanza a veces a dos y medio metros del hocico a la punta de la cola y 80 centímetros de alzada), pero la pantera es más feroz. Es el jaguar una fiera muy salvaje y formidable que se encuentra preferentemente en las orillas de los grandes ríos, nada y trepa con gran facilidad y ataca a los otros mamíferos selváticos y a los animales domésticos, buscando su alimento lo mismo en la cima de los árboles que en el lecho del río: entre los primeros acecha y atrapa al mono y en el segundo pesca los grandes peces y los cetáceos y desentierra de los bancos de arena los huevos de tortuga; se deleita martirizando a la presa antes de comerla. Acorralado es animal muy peligroso para el hombre, pero de lo contrario, rara vez lo ataca. Las patas largas, garras poderosas, brazos gruesos y grande espalda, hacen que su fuerza sea enorme. Las manchas del jaguar son mayores y más cuadradas que las del leopardo y la pantera y tienen una o más manchas centrales en forma de roseta: a veces se encuentran ejemplares casi del todo negros. Su vida activa es crepuscular, prefiere la carne a la sangre y no come más de dos veces de un mismo animal.

Los indios lo cazan con cerbatanas de bambú y flechas de espina envenenadas con curare; los *botocudos* comen su carne.

Otro felino semejante al anterior es el ocelote o «tigrillo» o «maracajá», de color amarillo rojizo en el dorso con pintas en series longitudinales bordeadas de negro. Según Cornish, la piel del ocelote es la más adornada de todos los cuadrúpedos y sólo el plumaje del *faisán argus*, puede compararse en hermosura con la de este felino. Las manchas, la cola más larga y puntiaguda y la talla menor, son las principales diferencias entre el ocelote y el jaguar. Es animal eminentemente arborícola y que se alimenta únicamente de aves y de monos.

El *maracaiá-assú* es una variedad del anterior.

Es curioso lo que nos referían los dueños de chacras del Putumayo: que el tigre se acerca al ganado en época de verano y no lo ataca, lo que no sucede en el invierno, fenómeno que quizá se deba a que en la primera época tiene comida abundante en la selva y en invierno no, porque todo está inundado. Sin embargo, son muchos los perjuicios que causa al ganado de las chacras; dotado de gran fuerza, el jaguar mata y carga un novillo de dos años y aún al mismo toro si lo atrapa por sorpresa y logra saltar sobre su lomo y pasarle las garras al cuello, con lo que está irremediablemente perdido, pues con una torsión apropiada le disloca el cráneo y lo derriba a tierra, luego le desgarrá el cuello, le busca la cariótida y bebe golosamente su sangre, hasta que después de saciado cubre con follaje el resto y va a dormir a corta distancia.

Como este animal no se siente fuerte en el agua, cuando quiere pasar el río se acerca a su orilla y empieza a dar fuertes aullidos para llamar la atención de los caimanes y de sus demás enemigos las fieras acuáticas, y minutos después de estar en esta tarea, prende carrera por la orilla y se va a atravesarlo más abajo, donde ya no tiene enemigos.

Refieren los misioneros que el tigre jaguar cuando tiene hambre se pone a imitar a otros animales con tanta perfección, que pronto consigue que alguno se le acerque, y dicen que lo imita a casi todos con tal propiedad, que muchas veces los cazadores se han engañado, encontrándose frente a un jaguar en lugar del animal que creían estar oyendo.

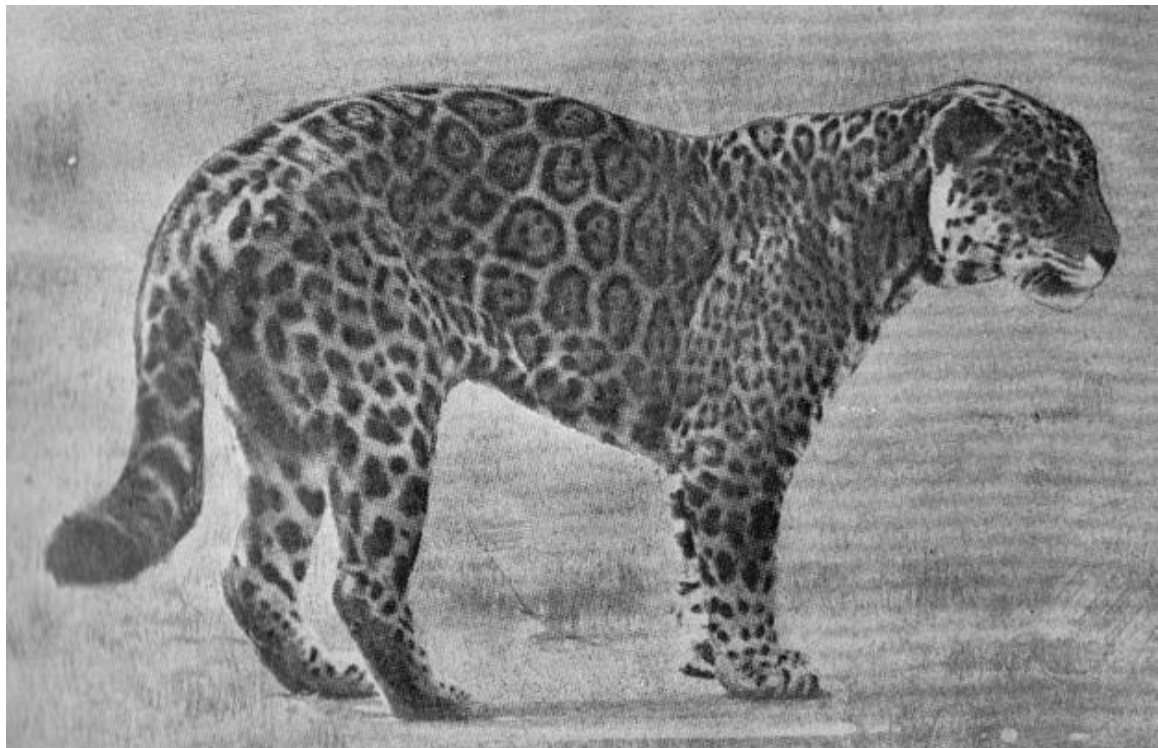
El tigre ataca a todos los otros animales, hasta los jabalíes y las dantas: por algo es llamado rey de la selva. Las dantas y sus semejantes se defienden sumergiéndose en el agua, pero aunque el tigre se sumerge también prendido a la nuca del animal, pronto se desprende por no poder resistir dentro del agua; mas al salir del río se queda observando en la orilla: si sale la danta, emprende nueva lucha y si flota muerta, se echa nuevamente al río, la saca a tierra y se la come. En terreno limpio pierde en la lid la danta, pero en plena selva, ésta corre a gran velocidad con el tigre prendido al lomo y procura pasar por debajo de un palo, con lo que desnucá a su agresor.

Cuando el tigre está bien comido, se le encuentra, por lo general, acostado sobre su vientre y en cuanto es sorprendido en tales condiciones, se para inmediatamente, mira a su adversario frente a frente, agacha la cabeza y enseñando sus grandes colmillos, con ese gesto característico de todos los felinos, se retira lentamente a grandes pasos, sin dejar de volver la cabeza hasta que lo pierde de vista, emprendiendo entonces la fuga en carrera veloz hasta desaparecer en el bosque. Si en el instante en que es sorprendido se ejecuta algún movimiento con las manos, inmediatamente se lanza al asalto; por esta razón es conveniente caminar con el arma lista y casi en puntería, de manera de no hacer perceptibles los movimientos preparatorios del tiro. Los que caminan por la montaña acostumbran a ir acompañados de perros, porque éstos se adiestran muy fácilmente en los trabajos de exploración y son muy útiles para la cacería de toda clase de animales en el bosque. Los perros caminan agrupados formando una jauría y se internan sin hacer alboroto siguiendo el primer rastro fresco que encuentran a su paso; cuando los perros encuentran un rastro de jaguar, lo siguen silenciosos y a la carrera hasta dar con él; comienzan entonces a latir de una manera muy especial que hacen advertir al cazador de la presencia del animal: si

éste se encuentra con el estómago lleno, los perros lo sorprenden y el tigre se trepa sobre el primer árbol grueso que encuentra a la mano y permanece en quietud sin preocuparse de los perros, acechando la llegada del cazador para lanzarse sobre él en el instante menos pensado. Este con el arma lista camina con prudencia observando, antes de avanzar adelante, todos los árboles, porque es de lo alto de donde espera venir el peligro. Los perros acosan la fiera rodeando el árbol hasta la llegada del cazador, quien debe adoptar rápidamente la mejor posición para matarlo de un solo tiro.



Tayra o Irará



Yaguar

Fondo del pelaje de color leonado y manchas negras.

Pero cuando el jaguar se encuentra hambriento, se aventura a la exploración del campo, porque es el hambre la que lo induce a caminar, siendo en este caso terrible, arriesgado y feroz.

A la presencia de los perros se enfrenta a ellos con resolución agresiva y si alguno hay poco experimentado que no sabe guardar la distancia conveniente, de un formidable zarpazo lo levanta por el aire para caer muy lejos completamente destrozado y por lo general muerto. Por los ladridos de los perros se puede conocer el grado de agresividad de la fiera, como también el lugar aproximado donde se encuentra.

La fiera, no obstante, la atención que dedica a los perros que la acosan, no descuida de observar los movimientos más imperceptibles de los árboles de donde espeta ver salir a su más temible adversario: el hombre. Cuando el cazador aparece, ya no se ocupa más de la jauría y de pie, firme, inmóvil, perfilado y dando frente, fija su principal atención en él y parece que estudia el medio de dominarlo; con su mirada penetrante acompaña los movimientos que hace el cazador y poco a poco va reflexionando sobre sus patas delanteras, estira la cola y comienza a deslizarse suavemente en la dirección del cazador, colocando sus manos sobre las hojas sin producir ruido. Son estos los momentos de mayor sensación para el cazador, a quien ya no le es posible pensar en la fuga porque sería inútil; por mucha que fuera la velocidad que obtuviera en la carrera, sería alcanzado.

Debe, pues, tener calma, puntería firme y mucha serenidad, porque esta clase de animales son de aquellos que no se asustan con el ruido de un disparo y al errar el primer tiro puede considerarse irremediablemente perdido.

Se espera el momento en que el jaguar presenta el mayor blanco para herirlo de muerte; pero es forzoso estar atento a sus movimientos y si el felino comienza a mover la cola, no hay tiempo que perder, pues si un tiro certero no lo derriba, él, rápido como una flecha, se lanza dando grandes saltos para caer erguido con sus poderosas garras levantadas en alto, listas para tomar al cazador por los hombros, clavárselas y atraerlo sobre si para triturarle el cráneo con sus formidables dientes.

Con todos los peligros que tiene este deporte, lo cierto es que existe una gran cantidad de gentes que se aventuran armados de simples carabinas o de machetes, para salir al monte a perseguir a los jaguares que extinguen el ganado o hacen daños a otros animales de cría, terminando casi siempre con la muerte de la fiera.

Los indios cazan el jaguar empleando la lanza: enfurécenlo primero con un flechazo, para esperarlo después a pie firme; algunas tribus realizan esta cacería por la noche con hachas luminosas e imitando los roncros rugidos de la codiciada caza, que, engañada, se aproxima.

Y cabe aquí referir un episodio que nos contaron en una chacra del Amazonas: vivía en un siringal llamado «Perseverancia», un matrimonio y sus tres hijos. El padre salía todos los

días muy de madrugada a extraer caucho y regresaba siempre después de mediodía para continuar el defumado.

En una ocasión, la madre tuvo necesidad de alejarse de sus habitaciones a unos cuantos centenares de metros, con el fin de reunir la leña para la cocina; los tres niños quedaron asomados a una de las ventanas. No estaba muy lejos la madre, cuando los pequeñuelos aterrados de pavor comenzaron a dar gritos desesperados, que cesaron de súbito; la madre alarmada abandonó lo que tenía entre manos y regresó al escape y al abrir sus habitaciones, vio un enorme jaguar que pacientemente tendido sobre su vientre, trituraba el cráneo de su último hijo, que yacía en el suelo al lado de sus otros hermanos a quienes no era posible distinguir a causa de las horribles desgarraduras que habían sufrido.

Esta pobre mujer, con un valor temerario de abnegación de madre, se abalanzó contra el tigre para arrancarle de sus fauces las palpitantes carnes de su hijo. La fiera sin soltar la presa que tenía en la boca, la recibió en sus brazos y de un poderoso zarpazo le desgarró el cuello; loca, herida de muerte, tornó feroz contra el felino y como si fuera otra fiera, clavó sus dientes en el cuero del animal que acobardado, salió de un salto, escapándose por la misma ventana que le sirvió de entrada. La madre, seguramente intentó seguir a la fiera, pero la hemorragia la hizo caer al pie de la ventana desmadejada, y murió a los pocos instantes al lado de sus hijos.

Cuando llegó el marido y pudo darse cuenta del terrible cuadro que tenía ante sus ojos, y en lo que había quedado convertido su hogar, fue presa de inmenso dolor. Sólo pudo distinguir a sus hijos por el tamaño de sus cuerpos, porque los cráneos triturados horriblemente, habían sido convertidos en una masa informe: la mujer, rígida, lucía entre sus dientes un penacho de pelos negros arrancados de la piel del animal. Su rostro, debía personificar el dolor, la abnegación, el amor y el heroísmo de que puede ser capaz una madre por sus hijos.

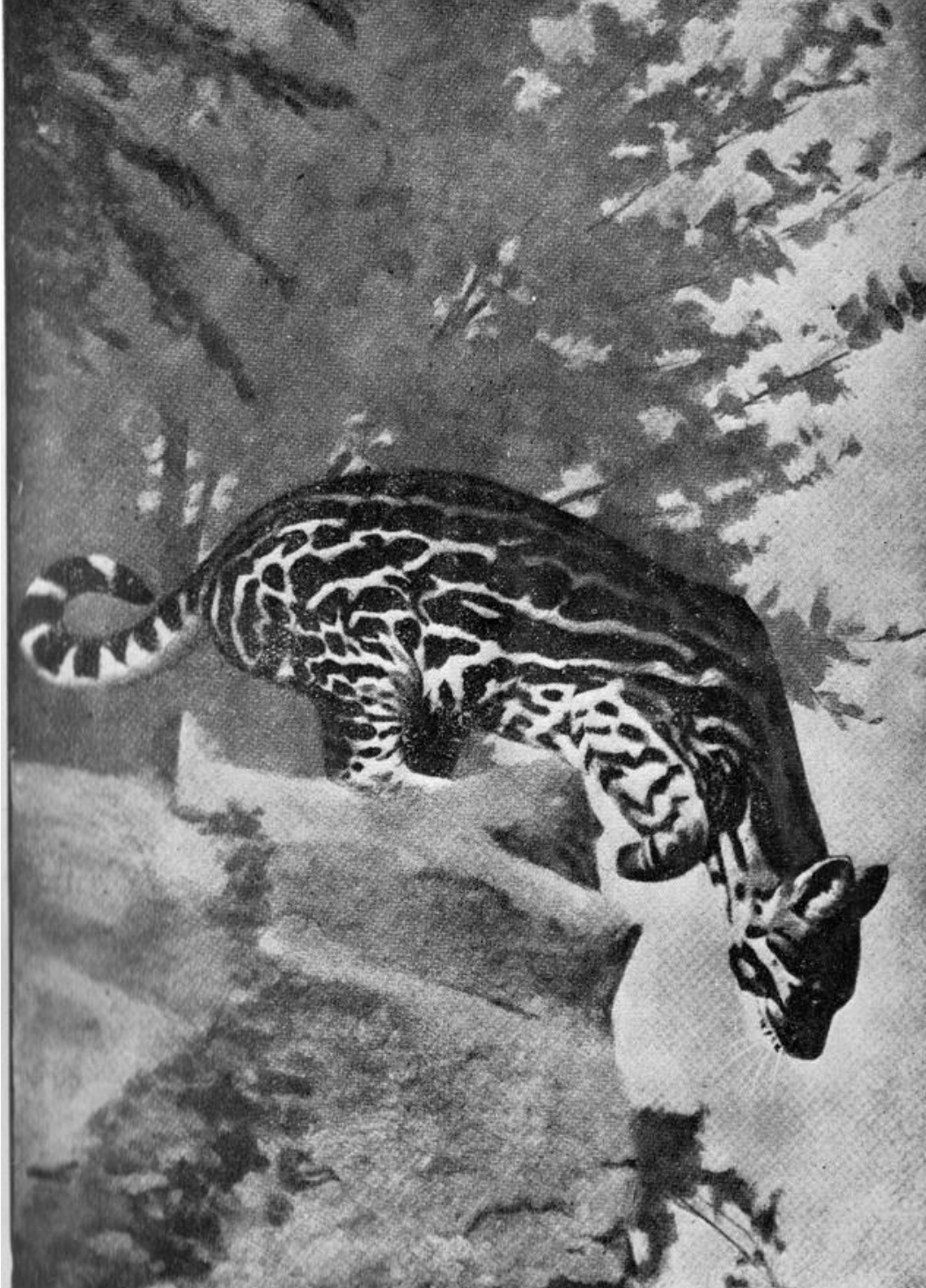
El padre, torturado por la pena, tomó una carabina y se trepó sobre el primer árbol que encontró cerca de su casa, en espera de la fiera, porque es bien sabido que estos animales rara vez cargan sus víctimas cuando son sorprendidas, pero en cambio vuelven cebadas al lugar, para llevárselas después de transcurrido cierto tiempo.

Así sucedió: pasadas largas horas de espera, vio asomar al tigre que regresaba en busca de su presa, al que dio muerte de un tiro. Hecho esto, descendió del árbol, dio sepultura a su mujer y a sus hijos, quitó la piel al tigre y abandonó el lugar para no volver más.

Tanto o más interesante que el jaguar es la puma, y si a aquel se le llama tigre, a esta se le conoce por «león americano»; por su forma se parece al leopardo, pero sin manchas; es un hermoso animal de color canela, pecho y vientre blancos y cola larga, poblada y redonda.

Prefiere los linderos de los bosques y los grandes yerbales, y sube a los árboles en persecución de los monos y evita los terrenos sujetos a inundaciones; es errante y nocturna, recorre varias leguas en una sola noche, olfatea poco pero escucha bien. A la inversa del jaguar, le gusta más la sangre que la carne, por lo cual procura malar muchos animales. No ataca al hombre, a menos que sea herida, y es fácilmente domesticable; se cuentan muchas

anécdotas que demuestran la amistad de la puma con el hombre, inclusive la de viajeros que han dormido, sin saberlo, durante toda una noche junto a uno de estos felinos. Los indios le llaman *juicho purma* (venado tigre).



Ocelote

El jaguar ondi y el eyrá son dos gatos peculiares de aquellos bosques, caracterizados por su cuerpo y por su cola larga, sus patas cortas y su pelaje uniforme, gris oscuro el primero y leonado el segundo. El ondi es mayor que el eyrá, que tiene el tamaño de un galo doméstico, pero con el cuerpo largo y delgado como el de la comadreja; el eyrá es también de costumbres crepusculares y se alimenta de aves y de pequeños roedores.

El lobo rojo o guará, bastante diferente del europeo, es un animal tímido y no causa los estragos de aquél; huye siempre del hombre y un perro común lo hace correr; es un simple comedor de perdices que vaga por las noches y hace oír su ronco ladrido.

Cuatro perros menores: el de monte, parecido al zorro, de color grisáceo; la especie del «perro de matorral», notable por constituir una transición entre el perro y la marta, caza en manadas, fiera y salvaje, de cuerpo largo, patas cortas, orejas pequeñas, pelo apretado pardo oscuro y cola muy corta, es de tamaño de un gato; el perro de los Andes ecuatorianos, y por último la raposa, pueblan esos bosques sin causar perjuicios a nadie.

Representan el grupo de los osos varias especies, entre ellas, el «mono pelado», el tayra, el zorrillo o cangambá, que es un excelente destructor de serpientes venenosas, la nutria, la martucha y el coatí. Este último, se conoce fácilmente por la prolongación de su hocico, que semeja una corta trompa dirigida hacia arriba; es esencialmente arborícola, activo, agradable y fácil de domesticar. Salen en manadas de unos veinte individuos a cazar pájaros, lagartos, insectos y gusanos.

La martucha o martica que vive en el centro de los bosques, es de cabeza gatuna y se caracteriza especialmente por tener una lengua muy larga con la que puede atrapar los insectos en las grietas profundas de las cortezas de los árboles y las abejas de sus colmenas.

La nutria, lontra o "ariraña", es una fiera mustélida de cuero alargado, cabeza ancha y deprimida, orejas muy pequeñas, extremidades cortas y cola larga y cilíndrica; su pelaje achocolatado, más claro en el vientre es muy apreciado en peletería. La especie amazónica es la mayor del género en el mundo y mide más de un metro de longitud y cerca de 60 centímetros de cola, de cuyo pelo se hacen pinceles finos.

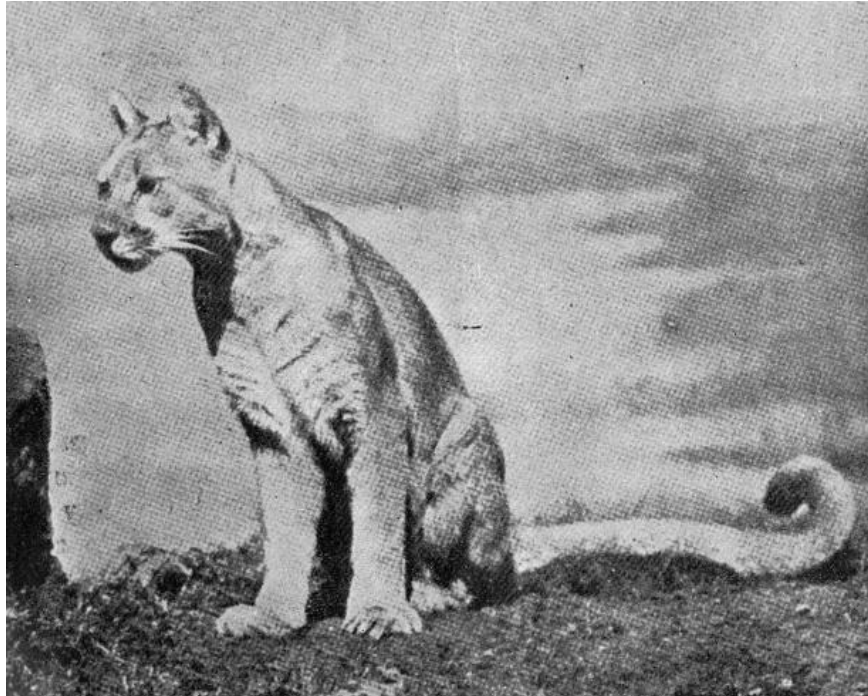
Es animal acuático, de aspecto muy simpático, que prefiere los ríos con orillas de bosques y se alberga en subterráneos cuya entrada está bajo el agua a cosa de 50 centímetros de fondo y sigue en pendiente unos dos metros hacia arriba, hasta una cueva con yerba seca; desde allí parte una chimenea de ventilación. Para sus madrigueras aprovechan huecos naturales que alargan y ensanchan cortando las raíces que estorban; se mueve en tierra trabajosamente como serpeando, pero nada y bucea mejor que los peces y en todas las posturas. Vive de peces, es diurna, maúlla y bufa como el gato.

Cuando se hace un disparo a un grupo de nutrias y se hiere a un cachorro, la madre en vez de huir se lanza en su auxilio y, desafiando las balas del cazador o cualquier otro peligro, lo recoge y lo conduce solícita a su madriguera.

Una de las costumbres más curiosas de las nutrias es el modo como pasan muchas horas entretenidas con sus compañeras, deslizándose por un plano inclinado hasta zambullirse

bruscamente en el agua.

Para ello, escoge en la orilla un barranco de pendiente muy pronunciada y lo limpia cuidadosamente de toda clase de obstáculos, ramas, raíces, etc. Una vez preparado el terreno, colócase una nutria en la que se sumerge; en cuanto ha desaparecido bajo la superficie, otra nutria hace la misma operación, y así, una detrás de otra, todas las reunidas, que salen otra vez a tierra y suben a la pendiente para deslizarse de nuevo, repitiendo esto muchas veces y durante largo tiempo.



Puma o león americano.

Los tayras o iraraes, representan en esta región a las martas europeas y son de carácter muy salvaje, casi exclusivamente carnívoros, de costumbres principalmente nocturnas y establecen sus madrigueras en los troncos huecos de los árboles.

Los grisonos son más pequeños que los anteriores y menos abundantes que ellos.

MONOS. — Faltan a los monos de la cuenca amazónica las grandes formas que existen en los continentes africano e índico, pero no dejan de presentar tipos interesantes por su finonomía peculiar, especialmente por la ausencia de callo en las nalgas, característico de los demás monos; por la adaptación de la cola para la prensión, en ciertos géneros, lo que viene a mudar las funciones corrientes de este aditamento, de órgano de equilibrio en una especie de quinta mano; y, finalmente, por lo achatado de la nariz. Otros poseen, además, un órgano particularísimo — una caja constituida por los huesos de la laringe transformados en resonadores — lo que les permite la emisión de la voz a grandes distancias.

Sociables todos, viven en agrupaciones en el interior de las florestas, cuyos recónditos escudriñan con extraordinaria actividad, en busca de los frutos de que se alimentan. Son

muy ávidos de insectos y les agrada sobremanera los huevos de las aves, lo mismo que sus pequeñuelos, por lo cual son los grandes destructores de los nidos. Esta peculiaridad de los monos hace que la mayor parte de las aves construyan sus nidos colgantes y en los puntos de más difícil acceso para aquellos.

Muchas veces los monos invaden las plantaciones y hacen estragos en los maizales; según cuentan los dueños de chacras, uno de ellos permanece siempre de centinela para anunciar la proximidad del hombre, mientras los otros monos hacen la colecta; y narran las leyendas — lo que no es de extrañarse en estos astutos animales — que, si el centinela no cumple fielmente con sus deberes, la pandilla lo castiga severamente.

Por lo general son animales de instinto bien desarrollado y muchos de ellos se domestican con facilidad, pero no se debe llegar al absurdo extremo del explorador Medina y del naturalista Castelneau, quienes los confundían por su inteligencia con los indios y los describían como «hombres de cola».

Esa gran variedad de monos, de larga cola unos y con ese apéndice casi imperceptible otros, son en su mayoría de pequeño porte y tienen la costumbre de llevar a sus hijos a cuestras hasta que se hallan en condiciones de vivir por sí solos. Son clasificados allí en 13 géneros y 57 especies, de las cuales mencionaremos las más interesantes de aquellas regiones.

El género de los cebos, se caracteriza por la cabeza grande, hocico corto, brazos no muy largos, pelaje corto y espeso, barba más o menos desarrollada que les oculta su monstruosa garganta, cola cubierta de pelo hasta el extremo y capaz de arrollarse a las ramas de los árboles. Comprende 18 especies esencialmente arborícolas que no bajan al suelo sino en raras ocasiones y tienen en las copas de los árboles sitios determinados para dormir; la mayor parte de estas especies se encuentran en las selvas amazónicas en las más densas florestas reunidas en bandadas a las cuales guía siempre un macho viejo que es seguido por los demás; su voz es en lo general suave, pero cuando están irritados, emiten un grito penetrante y desagradable. Por las mañanas suben alegres a las copas de los árboles en busca de sol y durante el día se esparcen en demanda de árboles frutales; por las tardes antes de recogerse a pasar la noche, se reúne como en asamblea todo el grupo en torno del más fuerte y entonces prorrumpen en el más ensordecedor concierto que pueda imaginarse: son los machos los que gritan en un tono bajo profundo, mientras que las hembras permanecen pacientes y silenciosas. Este bramar, monótono y lúgubre, sobrepasa los valles y llega a oídos del viajero a leguas de distancia, con fragor extraño e indescriptible. Es curioso, y así se tiene observado en muchos casos, que cuando estos animales son domesticados, se aficionan de tal manera a las bebidas alcohólicas, que hay que ocultárselas porque se embriagan fácilmente y se vuelven insoportables. La especie más común entre los cebos es la de los «capuchinos», así llamados por los naturales a causa de su larga barba, y también «aulladores» por sus gritos variados y estridentes, debidos a la caja ósea de resonancia que poseen en el cuello, que, como hemos dicho, permite oírlos a gran distancia, sobre todo al amanecer; habitan los bosques espesos, de preferencia a la orilla de los ríos y lagos, se alimentan de hojas y de frutas y comen también los huevos. El modo de comer de estos monos es muy simpático: a los huevos les abren con la uña un orificio en uno de los extremos, rompen el otro y se lo chupan con gran facilidad; a las frutas les quitan la corteza y es de admirar la destreza con que rompen la coraza durísima de la

castaña por medio de hábiles golpecitos, cuando el hombre tiene que hacerlo por medio del hacha.

El aluate o guariba es una variedad del anterior, cuyo cuerpo rojo parduzco mide 80 centímetros de largo y su cola 70 centímetros. Otras variedades son: el llamado vulgarmente caraya o «belcebú», de menores dimensiones y de color negro, es de costumbres sociables y poco feroz, lo que no quiere decir que pueda estarse desprevenido ante él, ni mucho menos atacarlo, pues su agilidad y la fuerza de sus miembros lo hacen vigoroso y es tan apto para luchar en tierra, como para saltar de rama en rama hasta la cima de los gigantes del bosque. El pitecino, de cola delgada muy peluda, más corta que el cuerpo y no prensil, cuya cabeza graciosa parece peinada con raya por la mitad; es muy irascible.

En el Brasil llaman a estas distintas especies, que son las más comunes y las más generalmente esparcidas, «caiábara», «macaco prego» y «mico de topete». Se les encuentra a menudo en las chacras domesticados y como son muy imitadores, es frecuente verlos en los mismos oficios de sus amos, tales como lavando ropa a la orilla de un pozo y enjabonando con una bola de tierra; raspan fósforos en la caja y encienden cigarros y con sus cenizas se frotan desesperadamente el cuerpo. Los «uakaris» son de cara pelada y rubia; los cuxiús y los «adufeiros» de vida nocturna, son pequeños, muy lindos, limpiísimos, de pelo corto casi blanco, ojos grandes vivos, andan siempre por parejas; es muy raro encontrarlos de día, pero por las noches aparecen en las ramas de los árboles en busca de frutos, y de insectos y son conocidos por su canto particular hecho con intervalos regulares, lo que constituye una incómoda visita para los viajeros de la floresta.

El mono llamado «gringo» e «inglés» (brahyunis), de cola rudimentaria, es de pelo amarillo quemado y su cara pelada, es de piel tersa y de color rojo encendido; es el más raro de todos los monos del Amazonas y muy apreciado en los jardines zoológicos; no suelen verse sino en la región de Chimbóte en el alto Amazonas y en el Caquetá, y los indios Yaguas de esas comarcas se pintan la cara con achiote para parecerse a estos animales, que para ellos son sagrados.

Los lagotrix, abundantes en toda la cuenca, tienen el cuerpo poco alargado, la cabeza redondeada y sin barbas, de unos 50 centímetros de longitud, de pelaje pardo grisáceo y su carne es comestible.

Los crisotrix o «macacos de cheiro», son de pequeña talla con el cuerpo delgado, las extremidades posteriores alargadas, la cola muy larga y pelo corto negro rojizo, la parte posterior del cráneo muy abultada y las orejas grandes; su cara es blanca. Permanecen siempre en las copas de los árboles, saltando de unos a otros con agilidad prodigiosa; en tiempo lluvioso suelen reunirse en grupos de 10 o 12 individuos que se enlazan muy estrechamente con los brazos y las colas para formar una especie de ovillo, en el que permanecen así quietos en la copa del árbol.

Los nictipitecos se distinguen por sus ojos muy grandes como de lechuza con aureola blanca, y por la larga cola de pelos cortos más abultada en su extremo. Su bramido es parecido al del jaguar, desproporcionado a su tamaño, pero también maúlla y ladra. Los *calitrix* o uapussás, son de pequeña talla, cuerpo esbelto, cola larga, delgada y no prensil; su pelaje

es hermoso y su voz es sonora y aguda.

Los mayores y más interesantes de los monos, por su fealdad son los coatás (*ateles*), maquisapas o «monos arañas», del tamaño de un niño de 10 años pero delgado; de vida completamente arbórea y que al ser atacados se defienden tirando piedras o frutas al hombre, mas, cuando están en manada, descienden de los árboles hasta cerca del suelo para enfrentarse al enemigo y gritar ferozmente contra él. Por eso, el jaguar se vale de esta costumbre del coatá para atraparlo. Su cola desnuda en la punta es prensil, más larga que el cuerpo (80 c.m. y 60 c.m. respectivamente) y su piel es negra. Se domestica fácilmente y las indias suelen amamantar a los pequeñuelos capturados vivos; su gruñido se parece al latido de un perro pequeño; siempre que desde las frondas de los árboles divisan algún animal que transita por la selva y cuando se llaman unos a otros emiten un sonido grave modulado. De este género son los barrigudos, monos exclusivos de la cuenca del Amazonas; son los más mansos y los de fisonomía más parecida a la del hombre, pues su cara hace recordar a la del negro africano; pero sus brazos y cola son muy largos, lo que les da una agilidad extraordinaria que les permite, cuando son perseguidos, casi volar por sobre las copas de los árboles; son pequeños y gruesos, y como su nombre lo indica, de vientre muy desarrollado, cubierto de pelos largos mezclados de negro y ceniciento; andan invariablemente en grupos de dos a cuatro. En el alto Amazonas donde son muy abundantes, se fabrican cuerdas de pelo de mono barrigudo. Los marimondas son de color negro con los lados de la cabeza y la parte inferior del cuerpo blanco; hay otra especie de color negro con la frente amarilla de oro y la barba blanca y los llamados «chamek». Todos estos monos son cazados y su carne vendida en las poblaciones cercanas.

Además de las especies grandes arriba enumeradas, hay allí muchas especies de titíes que se caracterizan por su tamaño muy pequeño, por su larga cola poblada y no prensil y por sus extremidades con garras. El padre es el que se encarga de llevar al hijo a cuevas y de velar por él y cada vez que necesita mamar, se lo entrega a la madre para recogerlo en seguida. Entre ellos citaremos, sin detenernos en sus detalles peculiares, el callimico; el enano o frailecito del alto Amazonas, de color amarillo y negro, es muy gracioso, miden 15 centímetros y los suelen llevar los indios de las selvas ecuatorianas en la cabeza para que se las limpien de parásitos; hay en el bajo Amazonas otro tití plateado; el pinche es de 20 centímetros de cuerpo y 40 centímetros de cola, con una graciosa melena de pelos blancos y el «leoncito», más pequeño, es de color amarillo dorado, también con melena y muy simpático; el tamarino de la parte baja del Amazonas hasta el Río Negro, no tiene melena, pero en cambio su boca la tiene ribeteada de pelos blancos que contrastan con el negro del resto del cuerpo, lo que les da la apariencia de tener espuma de jabón; su hermano de la parte alta del mismo gran río, es de color leonado rojizo con bigotes, y por último, en la región ecuatoriana, donde se le llama *chichico*, es de color amarillento en el dorso, rojo en los hombros y negro azabache en la cabeza; la voz de todos estos tamarinos es de gorjeo suave, pero cuando se asustan o enojan, dejan oír penetrantes chillidos. Estas especies mueren al salir a climas fríos o templados y no pueden conservarse, por esta razón, en muchos jardines zoológicos.

Los *iapuzáes* andan solamente por parejas, son pequeños, de color de ébano, ojos brillantes, muy felpudos y tienen un canto semejante al lloro de un niño en sollozo. El *parahuacú*, de cuerpo delgado, es el más bello de todos los monos amazonenses, por su pelaje largo y

blanco semejante a un copo de algodón; se le ve solo en las frondas de los árboles más altos.



Monos arañas saqueando un nido de guacamayo.

(Dibujo de E. H. Fister).

No terminamos esta lista de los monos más importantes de estas regiones, sin mencionar el tuta y el prego; el musmuque del tamaño del gato casero, de fina piel y excelente carne; el sahiús de formas graciosas; el sajus cornudo, el saguino que parece llevar una máscara sobre su rostro gesticulante, el múcura, fiero y asqueroso; el muriquí, el llorón y el coxiús; el tanque, del tamaño de un gato grande, tiene la especialidad de ser el enemigo mortal de los perros: cuando éstos andan en cacería por la montaña, algunas veces se paran a latir a esos monos que viven encaramados en los árboles, pero cuando esto sucede, el mono, lejos de correrse, se enfurece, baja apresurado del árbol, se lanza sobre el perro, le coge con uñas y dientes por el cuello y lo mata. En último término mencionaremos la especie más pequeña de todas, única en el mundo, del tamaño de un ratón, motoso, de trompa ligeramente alargada y que chilla de un modo semejante al de un pájaro. Suele encontrarse entre las majorcas en las plantaciones de maíz.

Últimamente se han publicado fotografías de un mono de aspecto antropoide, dizque descubierto recientemente en las selvas amazónicas; si este descubrimiento llegare a confirmarse, sería verdaderamente sensacional, pues como ya dijimos al principio del presente capítulo, ninguno de los monos del Viejo Mundo se encuentra en la cuenca que estudiamos, y viceversa, y, por lo tanto, cambiaría la faz de los estudios de Geografía zoológica y sería una base para nuevas investigaciones sobre las inmigraciones de uno a otro continente.

Para terminar esta sucinta relación de los cuadrumanos, referiremos algunas cosas curiosas de ellos.

Aunque la carne de mono no es muy agradable, suele constituir el alimento principal de toda la región selvática, porque es, a veces, el único animal que consigue el cazador cuando escasea la caza, por el invierno; pero es de notar que, a pesar de que todos los indígenas comen mono, cada tribu tiene predilección por una especie distinta de aquellos simios. Casi pudiera decirse que una tribu puede clasificarse por la especie de mono que come.

Los monos suelen pararse al pie de las colmenas y cuanto abeja va llegando, la atrapan y se la comen y cuando acaban con todas, introducen la cola en el panal y la sacan para chupar la miel.

Los conocedores de los secretos de la selva han observado que la eufonía de los gritos de los monos varía cuando quieren expresar alegría, cólera o temor.

Es curiosa la manera como los monos resuelven la manera de atravesar una corriente sin hacer uso de puentes de ninguna clase: cuando resuelven atravesar de una a otra margen de un río, siguen por sobre las copas de los árboles a todo lo largo de la orilla, en busca de un sitio más angosto y más fácil; llegados allí, se trepan por una misma rama, se aseguran entre sí por la cola a la cintura del compañero, a excepción del primero que se agarra de la rama. En medio de la gritería de toda la banda, comienzan a columpiarse por los aires hasta tomar el suficiente vuelo; entonces el primero se suelta y todos caen a la orilla opuesta con un golpe fuertísimo.

Hemos presentado ya una visión de conjunto de la dilatada cuenca que los primeros colonizadores llamaron el «país de la canela» y la hemos visto, tanto bajo la forma vegetal, como bajo el animal; por doquier los dos reinos ostentan la misma exuberancia e idéntica variedad, con una uniformidad que no permite al viajero que admira sus maravillas, percibir ninguna mutación, como si la naturaleza caprichosa obrase continuamente en la formación espontánea de los animales y de las plantas y el estado biológico de los dos colosales reinos influyese en el común resultado: el sol madura los frutos que destilan miel, aromados y jugosos; los frutos colman la voracidad de los animales; éstos sirven de alimento a otras especies superiores y todos se ofrecen como rico tesoro al hombre. Millones de seres que a cada instante entran al canto de la vida en la selva, mientras otros tantos apagan su existencia bajo sus frondas: luz y movimiento para unos, la noche eterna para otros.

Y todos, con el hombre, con los astros y con su propio cielo esplendoroso, se unifican en su adoración al Dios que revela de tan espléndido modo la fuerza de su infinita omnipotencia. Así dejamos a nuestros lectores apenas insinuada la idea de esta planicie que cual una hostia a su dueño, concentra el poema magnífico de la vida en una evocación grandiosa de su poder creador. Y cerramos esta parte sobre la Hoya del Amazonas, con la inspirada frase de Euclýdes da Cunha:

«La Amazonia es la última página, aun por escribirse, del Génesis».

Daniel Ortega Ricaurte

(Continuará)



Revisado por: TAP